



6

LA RECONCILIACION CON LOS OTROS

Introducción

La reconciliación con los hombres debe pasar necesariamente por el reconocimiento de la *dignidad* humana, por la aceptación desde el corazón y la conciencia de que el hombre no es *algo*, un número de carnet de identidad, una ficha de producción, ni unos datos en el controlador de Hacienda, sino *alguien* que me llama e interpela, capaz de proporcionarme tanto la paz como el desconcierto más absoluto.

Reconciliarse con el otro supone, pues, aceptar esta alteridad y caminar hacia él. Este *paso* hacia el otro no es fácil, pues la tentación de la posesión y manipulación nos salen continuamente al camino. ¿Será preciso ver en el otro algo, o mejor dicho *alguien*, más de lo que se capta a primera vista? El creyente está invitado constantemente a descubrirlo.

Objetivo:

Asumir que el amor y la reconciliación con Dios pasan y se expresan a través del amor y reconciliación con los otros.

LA CREACIÓN DE UNA RELACIÓN NUEVA

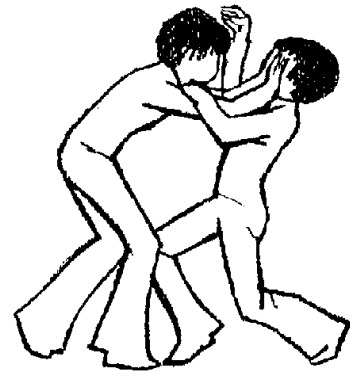
Miguel Angel Calavia

Si algo se palpa en el momento actual de la humanidad es, sin duda, la convicción de que esto no marcha, de que es urgente, como nunca, dar un viraje a la historia humana. Basta abrir el periódico cada día.

Cuando uno piensa en los años que han pasado desde que se proclamaron en el mundo *la fraternidad, justicia, libertad*, y otros valores; primero como concreción de la vivencia del Reino de Dios y seguimiento de Jesús —predicación de la primera comunidad cristiana—, y muchos años después, teñidas de aires revolucionarios —Revolución francesa—; sin olvidar, esas bienaventuranzas de la secularización, que son los *derechos humanos*; en fin, cuando se ve todo eso y se constata después la poca o nula respuesta que han tenido, se siente la tentación de plegar velas y declararse en retirada.

Hasta se ha llegado a pensar dentro del mundo de la ingeniería genética y la donación, que, si el hombre es incapaz de solucionar los problemas que la sociedad tiene planeados, habría que pensar en una forma de existencia humana que se adapte a esta sociedad sin la amarga experiencia del sufrimiento y desencanto.

Pero desde la opción de fe, uno se siente estimulado a seguir creyendo en la posibilidad de una respuesta positiva a este grito angustioso que surge en la humanidad, anhelando el día de la *gran liberación*. Pues tal liberación no solo es fruto del deseo de que acabe semejante situación, sino también y, ante todo, de la certeza de que el amor y la reconciliación con Dios pasan y se expresan a través del amor y reconciliación con los otros.



Esta precisión última es importante, porque en ella radica la diferencia entre una reconciliación cristiana y un mero deseo filantrópico o altruista de lograr una convivencia más humana.

La reconciliación con los demás pasa, a nuestro modo de ver, por dos estadios o momentos: el primero, que podríamos llamar de *significación humana*, o sea, qué representa el hombre en la propia vida; y el segundo, relacionado ya con el contenido del *perdón*.

1. Significado de la persona humana en la propia vida

La presencia de una persona frente a nosotros es una experiencia cargada de variados y encontrados sentimientos y actitudes: desde verla como posibilidad para la propia realización, hasta considerarla una amenaza continua, pasando por el desprecio o indiferencia más absolutos.

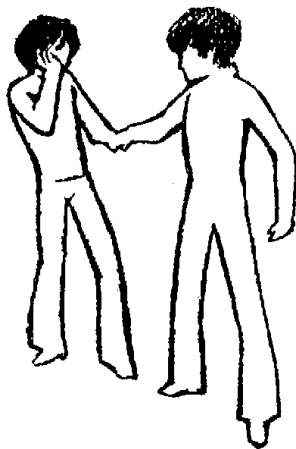
Para el creyente cristiano tal presencia resulta positivamente estimulante por el mismo contenido que todo auténtico *encuentro* lleva consigo, y por lo que la experiencia descubierta en Cristo ha supuesto para su concepción del hombre.

Se trataría ahora de volver a recordar lo expresado sobre la categoría del *encuentro humano*.

Solamente sintetizamos algún elemento:

- Una persona *delante* de nosotros no nos deja indiferentes. Se trata de una experiencia particular entre la *atracción* y la *huida*, el *asombro* y el *desconcierto*, que toda presencia misteriosa suscita en el hombre.

Lo terrible de nuestra sociedad es haber convertido a la persona en mero *objeto*, y por ello en *algo* fácilmente utilizable y manipulable. Auténtica *cobaya* con la que se experimentan las hipótesis científicas, políticas y económicas más absurdas. Es más, el actual progreso tecnológico ha hecho posible que el hombre se admire más de los últimos *objetos* que aparecen en el mercado, que del mismo hombre con su sonrisa y su dolor, sus cualidades y su muerte.



La reconciliación con los hombres debe pasar necesariamente por el reconocimiento de la *dignidad* humana, por la aceptación desde el corazón y la conciencia de que el hombre no es *algo*, un número de carnet de identidad, una ficha de producción, ni unos datos en el controlador de Hacienda, sino *alguien* que me llama e interpela, capaz de proporcionarme tanto la paz como el desconcierto más absoluto.

- Una persona *delante* de nosotros es también una invitación a aceptar su *alteridad*. Toda persona participa de nuestra misma condición humana, pero de forma *única* y *distinta*. Esta especificidad y alteridad radica dentro de cada uno constituyendo su *personalidad* haciéndolo un *tú* original, irreductible a todo tipo standarizado o modelo único de ser-persona.

Esta alteridad del otro queda trastocada cuando se le *desea* y cuando se le *teme*. ¡Cuántos deseos y temores en el origen de la manipulación del hombre! Desear a una persona es sacarla de su alteridad, de su centro específico para introducirla en el nuestro y ponerla a nuestro servicio, a nuestros pies, impidiéndole ser *ella misma*. Temerla es negarle, en parte, su condición de persona, alejándola de una posible relación con nosotros, hiriendo así su dimensión relacional.

A la luz de este elemento esencial de todo *encuentro humano*, dan mucho que pensar ciertas formas de comunicación y entrega, aunque estas formen parte del *éxtasis amoroso*.

Reconciliarse con el otro supone, pues, aceptar esta alteridad y caminar hacia él. Este *paso* hacia el otro no es fácil, pues la tentación de la posesión y manipulación nos salen continuamente al camino. ¿Será preciso ver en el otro algo, o mejor dicho *alguien*, más de lo que se capta a primera vista? El creyente está invitado constantemente a descubrirlo.

2. La persona a la luz del acontecimiento-Cristo

El creyente cristiano acepta que en Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, lo humano se ha hecho absoluto, divino. En Jesús, a quien el Nuevo Testamento llama el «Sí de Dios», el «Amén» del Padre al proyecto humano (cfr. 2 *Cor* 1,19; *Ap* 3,14), Dios interviene de tal manera en la historia humana que, a partir de Él, la contradicción intrínseca que es el hombre —*sí* y *no* a la vez—, queda zanjada en favor del *sí*.

Y lo que acontece en Jesús no es para Él solamente, sino que acontece también en nosotros, porque El es «Primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8,29). Por eso, toda persona tiene un valor absoluto. Así el creyente acepta las dos grandes mediaciones apuntadas más arriba, y que causaron sensación y escándalo en tiempo de Jesús, y seguramente lo siguen haciendo todavía hoy: «Quien me

ve a Mí ve al Padre» (Jn 14,9); y ante la pregunta, explicable por demás: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber?, ¿cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos?, ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?», una respuesta realmente desconcertante: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis» (Cfr. Mt 25, 37-45).

Reconciliarse con los otros supone, pues, aceptar al hombre como verdadero *sacramento* del Padre y, por ello mismo, alguien no supeditado a nuestros caprichos o desmanes; participando de esa misma *presencia y lejanía* que lleva consigo el Misterio de Dios.

Desde esta perspectiva, la persona humana ya no es una *pasión inútil*, ni *el infierno son los otros*, sino una promesa desplegada en la historia. Tampoco es un amargado Prometeo encadenado a la roca de su soberbia autonómica, ni un apacible Sísifo contento con su rutinaria suerte, sino *alguien* que, consciente de su realidad, camina hacia adelante, hacia su plenitud, que es encuentro con el Padre, a través del amor y la confianza depositados en las manos de sus hermanos.



3. Contenido del perdón cristiano

La reflexión anterior sobre la significación de la persona para el cristiano marca ya la dirección de la peculiaridad del perdón cristiano. El contenido de éste debe enmarcarse dentro del significado del Reino de Dios; y desde esta perspectiva, el perdón tiene un aspecto positivo, es una buena noticia. En el origen de esta visión positiva del perdón, está el convencimiento de que los demás no son una *amenaza* para la propia vida. El resultado final es la recreación de una *relación nueva*. Veamos lo que esto significa en concreto.

a) *El perdón no es indiferencia*

El perdón es siempre una relación entre dos sujetos, con todo lo que esto significa según apuntábamos arriba. Cuando la relación entre dos personas está teñida de indiferencia, en realidad, no se puede hablar de relación personal, pues es negar el carácter de *interpelación y llamada* que toda presencia humana lleva consigo.

No es difícil escuchar de labios de gente importante al ser preguntados sobre su reacción hacia los considerados enemigos, frases como estas: «Paso de ellos. No me preocupan. No vale la pena preocuparse de ellos», etc.

En el fondo de tales respuestas, hay un desprecio casi total de la persona, ya que lo que se intenta es reducirla a mera cosa u objeto, evitando así que su existencia sea problemática y desestabilizadora para la propia persona.

Esta reducción de la persona a mero objeto es tan hiriente para el hombre que explica sobradamente la intuición y contenido de esta amarga expresión: «Es peor la indiferencia que el odio».

Convertir el perdón en una postura de indiferencia no contribuye en lo más mínimo a restañar una relación perdida o rota. Simplemente es intentar olvidar por unos momentos —metiendo la cabeza en la arena, como el avestruz— lo que ciertamente nos preocupa y, en cierta medida, nos inquieta.

b) *El perdón no es orgullo estoico*

Sentirse superior a los demás es la gran tentación del hombre. Es una forma de salirse de la rutina y *ordinariedad* de la vida. Una de las formas de manifestar esta superioridad sobre los otros es

convertirse en lo que vulgarmente se llama un *perdona-vidas*.

El perdón desde esta postura de superioridad y orgullo se convierte en realidad en una *humillación* del otro. Dicha forma de perdonar participa de la conducta de ciertos animales que solamente *dejan* al enemigo cuando lo ven humillado e indefenso a sus pies.

Se puede intuir en muchos de nuestros *perdones* un gran deseo de sentirnos superiores a los demás —sobre todo, en una sociedad que no perdona casi *nada* ni a casi *nadie*— de demostrar la propia valía a costa de resaltar el pecado de los otros. Esto no es nuevo. Ya Pedro, en un contexto del «ojo por ojo y diente por diente» intentaba presentarse ante el Maestro como el *gran perdonador* al preguntar sobre el alcance de su perdón (cfr. *Mt* 18,2 1-22).



El perdón, desde esta postura orgullosa, más que nivelar una relación trastocada, contribuye a aumentar más la separación, fruto de la ofensa.

c) *El perdón no es cobardía*

Todos hemos sido testigos alguna vez de lo fácil que es *perdonar* cuando está en juego la propia integridad física y moral. En ese combate que supone todo proceso de discusión ofensiva, llega un momento en que uno de los protagonistas siente la necesidad de *tirar la toalla*, evitando así el momento fatídico de dar con su cuerpo en la lona.

Ya Nietzsche proclamaba semejante debilidad al identificar el «perdón de las ofensas» como una forma de «santificar la propia cobardía»: «Se creen buenos porque tienen las patas débiles». No le faltaba parte de razón a ese problemático pensador.

Tan fatídico resulta el perdón desde una postura de autosuficiencia, como desde un complejo de inferioridad y subordinación más o menos interesado. La grieta sigue existiendo haciendo más profunda todavía la separación.

d) *El perdón cristiano: una nueva relación*

El cristiano, al perdonar, no intenta alejar de sí el peligro que toda ofensa proporciona, sea con la indiferencia, el orgullo o la cobardía. Todo lo contrario, trata de re-construir la relación perdida o alterada. Se trata de introducir en el espacio, vacío por la ruptura, aquellos elementos sobre los que se edifica la fraternidad auténtica.

No se trata de perdonar al otro para que nos *deje en paz* —en el sentido más vulgar de la expresión—, sino que, perdonándole, lo vuelvo a hacer partícipe de mi vida, lo experimento parte de mí mismo, pero sin manipularlo, dejándolo ser él mismo.

El psiquiatra *Castilla del Pino*, al hablar del sentimiento de culpabilidad desde una visión meramente psicológica, predica la necesidad del arrepentimiento y la reparación para que tal sentimiento desaparezca. El creyente cristiano va más lejos: no trata tanto de solucionar un problema personal, alejando un molesto sentimiento de culpa —aunque inconscientemente se tiende a ello—, sino que da el primer paso hacia una relación distinta, presidida no ya por el egoísmo e interés personal, sino por la confianza y la apertura, es decir, por el amor.

Y construir una relación nueva sobre el amor significa no solo la reivindicación de unos derechos o el paciente perdón de una ofensa, sino ante/sobre todo, aquello que simbólicamente dijo Jesús: «Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla acompáñalo dos, y al que quiere que le prestes no lo rehuyas» (cfr. *Mt* 5,40-48).



PARA PROFUNDIZAR Y COMPARTIR

- ¿Qué aspectos de la reconciliación con Dios les ha llamado más positivamente la atención?
- ¿Qué contenido tiene en este momento su encuentro con Dios?
- Expresen en dos frases la experiencia cristiana del pecado y de la reconciliación con Dios.
- ¿Qué formas de culpabilidad son mas frecuentes entre los miembros del grupo? ¿En qué medida está presente la culpabilidad religiosa, cuando celebramos el sacramento de la Reconciliación?
- Valoren experiencias personales de reconciliación con otra persona. ¿En qué medida han estado presentes las características del perdón cristiano?

PARA ORAR

+ **Palabra de Dios:**
«Porque, si solo amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Eso todo el mundo lo hace»
(Mt 5, 46-48).



+ **Perdón comunitario:**

- Perdón, Señor
por las veces que nuestra Fraternidad no ha dado testimonio de unidad,
y no ha testimoniado que Dios es amor.
- Perdón, Señor,
por los momentos que no hemos sido fieles en nuestra familia al deseo de san Marcelino:
“No haya entre ustedes más que un solo corazón y un mismo espíritu”.

**A TI LEVANTO MIS OJOS
A TI QUE HABITAS EN EL CIELO
A TI LEVANTO MIS OJOS
PORQUE ESPERO TU MISERICORDIA.**

- Perdón, Señor,
por las veces que no hemos sido solidarios con las alegrías y penas de la Iglesia, del Instituto, cerrándonos en la indiferencia y el egoísmo.

- Perdón, Señor,
por no haber hecho siempre lo posible para fomentar en nuestra familia y en la Fraternidad el espíritu de comprensión y de ayuda mutua.

A TI LEVANTO MIS OJOS...

- *(podemos añadir motivos de perdón para con nuestro hermanos y hermanas de la Fraternidad)*

+ **Canto: ALABO TU BONDAD**

Todo mi ser canta hoy
por las cosas que hay en mí;
gracias te doy, mi Señor,
Tú me haces tan feliz.
Tú me has regalado tu amistad,
confío en Tí, me llenas de tu paz.
Tú me haces sentir tu gran bondad,
yo cantaré por siempre tu fidelidad.

**GLORIA AL SEÑOR
POR TU BONDAD
GLORIA, GLORIA
SIEMPRE CANTARE
TU FIDELIDAD.**

Siempre a tu lado estaré
alabando tu bondad.
A mis hermanos diré
el gran gozo que hallo en Ti.
En ti podré siempre encontrar
fidelidad, confianza y amistad.
Nunca fallará tu gran amor ni tu perdón.
Me quieres tal como soy.

